



Patrocinio RÍOS SÁNCHEZ

Se ha discutido mucho la confesionalidad de Miguel de Unamuno (1864-1936). Para Julián Marías (Miguel de Unamuno, Espasa-Calpe, 1976, pp. 184-185) es un cristiano católico. En línea semejante, Gerardo Diego. No así José Bergamín. El propio Unamuno nos dijo en el ensayo "Mi religión", de 1907: "Mi religión es buscar la verdad en la vida y la vida en la verdad, aun a sabiendas de que no he de encontrarla mientras viva; mi religión es luchar incansante e incansablemente con el misterio; mi religión es luchar con Dios desde el romper del alba hasta el caer de la noche, como dicen que luchó con Él Jacob". Desde mi punto de vista, era un cristiano adogmático y cordial que no quiso dejarse encasillar en denominaciones: "soy especie única", afirmó en ese breve ensayo. Y páginas después: "Y si creo en Dios, o por lo menos creo creer en Él, es, ante todo, porque quiero que Dios exista, y después, porque se me revela, por vía cordial, en el Evangelio y a través de Cristo y de la historia. Es cosa de corazón".

1. La Biblia de Unamuno

La obra escrita de Unamuno es amplísima y la crítica en torno a ella, casi oceánica. Algunos de los libros imprescindibles para aproximarse directamente al riquísimo mundo espiritual son, según mi opinión, los ensayos Del sentimiento trágico de la vida, que empezó publicándose en la prensa en 1911, y La agonía del cristianismo (1925). Sobre todo el primero. Dentro de la creación narrativa, San Manuel Bueno, mártir (1931). En el teatro, Fedra (escrita en 1910). Y en la poesía, género donde alcanza cimas muy altas, yo selecciono tres títulos: Poesías (1907), su primer libro, cuyos salmos, afirma, "son mi religión, y mi religión cantada y no expuesta lógica y razonadamente"; Rosario de sonetos líricos (1911) y El Cristo de Velázquez (1920).

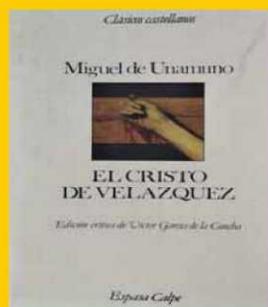
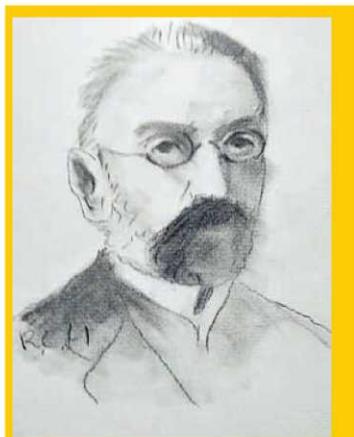
Esta última obra lírica alcanza dimensiones extraordinarias. Juan Ramón Jiménez la considera en 1952 "su obra suprema" e incluso "el mejor libro poético contemporáneo" (El Modernismo. Apuntes de un curso, Madrid, Visor, 1999, p. 117). El profesor Víctor García de la Concha realizó una edición muy recomendable (Madrid, Espasa Calpe, 1987) y en el epílogo que sigue al largo estudio que precede a esta obra ha dejado este cierre: "[...] El Cristo de Velázquez no es sólo, como Pedro Salinas afirmó, el más grande poema religioso español desde el siglo XVI, sino una de nuestras mayores obras literarias inscritas para siempre en la literatura universal" (p. 72).

Empezó a componer este largo poema en 1913, cuando ya había terminado Del sentimiento trágico de la vida. Para José Luis L. Aranguren (Catolicismo y protestantismo como formas de existencia, Madrid, Alianza, 1980), el poema entra dentro de una concepción protestante. Aunque no ve en El Cristo de Velázquez una obra tan atormentada como San Manuel Bueno, sostiene, en su defensa del alma luterana de Unamuno, que también Lutero encontró una teología de la consolación: "En cualquier caso, el tono y el acento del bello libro, tan moroso y arremansado, da un respiro al continuo jaeo. Y, sin embargo, será prejuicio mío, mas al leerlo no puedo olvidar que también en Lutero se encuentra una teología de la consolación" (p. 257).

Por el contrario, el teólogo Olegario González de Cardedal considera que "El texto de El Cristo de Velázquez puede ser leído y entendido en la mayoría de sus partes como una afirmación poética de la doctrina católica" (citado por García de la Concha, p. 45). Basten estas dos visiones sobre el discutible enfoque confesional. En cualquier caso, a mí me parece que Unamuno está siempre por encima de denominaciones confesionales y de iglesias establecidas. Cuando se le aplique el adjetivo católico debería precisarse que se trata de un catolicismo deseclesializado, intrapopular, que no es el oficial de la Iglesia, sino el que está debajo de la costra de los dogmas. Se advierte esta orientación principalmente a partir de Del sentimiento trágico. Es un cristiano aconfesio-

La Biblia de Miguel de Unamuno (II)

Su orientación religiosa ha sido objeto de controversia, era un cristiano adogmático y cordial que no quiso dejarse encasillar en denominaciones



Arriba, Miguel de Unamuno. Colección particular y portada del libro.

nal, adogmático, pájaro solitario que se comunicaba a solas con Dios y llevaba ansia de eternidad en el corazón. El 1 de marzo de 1929 escribió estos versos pertenecientes al Cancionero incluido en el volumen XV (Poesía III). Llevan el número 748:

"¿Que qué he encontrado en la Iglesia?
Pues aquí, para inter nos,
no he encontrado nada, ¡pesa Dios!"

No voy a proseguir por ese camino de determinación del pensamiento o del sentimiento religioso de Unamuno, controvertido y sin respuesta definitiva para los entomólogos confesionales. Vengamos a lo que ahora importa, que es la utilización de la Biblia de Reina y Valera en El Cristo de Velázquez. El citado académico García de la Concha hace esta apreciación respecto de la filiación o deuda del poema para con esa Biblia protestante:

"No exagero al decir que el mejor subsidio para la lectura del Poema es una edición de la Biblia de Cipriano de Valera y Casiodoro de Reina, no sólo para documentar las citas que, según don Miguel, salpica como concesión a nuestra ignorancia, sino porque las figuraciones concretas de poemas apoyadas en textos vjetestamentarios, dependen en ocasiones de la versión concreta de esta edición, en tanto que [...] para el Nuevo Testamento se sirve de la versión griega de los setenta -edición de Netle- y la traducción que de ella realiza le da pie para alguna figuración original" (p. 55).

También las investigaciones realizadas por el

teólogo Olegario González de Cardedal (Cuatro poetas desde la otra ladera, Madrid, Trotta, 1996) coinciden en este caso con lo apuntado del filólogo García de la Concha. Se sirve el teólogo abulense de las monografías de Jorge César Mota, de G. Gevaert y de L. Alonso Schökel relativas al conocimiento que de la Biblia tenía Unamuno. De los dos primeros nos ofrece este testimonio:

"Gevaert y J. C. Mota han investigado su primer contacto con ella en Bilbao, quizá en la biblioteca de su padre, las varias ediciones en varias lenguas que poseía en su biblioteca, las dos que de manera permanente llevaba consigo y tenía siempre sobre la mesilla de noche (el Nuevo Testamento griego en la clásica edición de Nestle y la traducción de Cipriano de Valera-Casiodoro de Reina), las estadísticas de citas en cada una de las obras, de cada uno de los autores bíblicos y en las respectivas fases de su vida" (p. 91).

2. Unos testimonios directos tomados del Antiguo Testamento de Reina-Valera

No es oportuno aducir aquí muchos textos que nos permitan complementar que Unamuno utilizaba en sus escritos o en muchos de ellos la Biblia del Oso revisada por Valera. Presento, no obstante, algunos. En "La escala de Jacob", artículo recogido en el volumen VIII de las Obras completas (Letras de América y otras lecturas, Afrodisio Aguado, 1961, pp. 491-495), cita este pasaje de Génesis 28, 10-16, transcripción de la citada Biblia. El texto es quizá demasiado largo, pero resulta ilustrativo:

"Y salió Jacob de Beerseba y fuese a Harán, donde se encontró con un lugar en que durmió, pues el sol se había ya puesto. Y tomó de las piedras de aquel paraje y puso a su cabecera al acostarse en aquel lugar. Y soñó, y he aquí una escala que estaba en tierra y su cabeza tocaba en el cielo, y ángeles de Dios que subían y bajaban por ella. Y Jehová en lo alto, el cual dijo: Yo soy Jehová, el Dios de Abraham, tu padre, y el Dios de Isaac; la tierra en que estás acostado te la daré a ti y a tu simiente. Y será tu simiente como el polvo de la tierra, y te extenderás al occidente y al oriente, y al aquilón y al mediodía, y todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente. Y he aquí que yo soy contigo y te guardaré por dondequiera que fueres y te volveré a esta tierra; porque no te dejaré hasta tanto que haya hecho lo que te he dicho. Y despertó Jacob de sus sueños, y dijo: Ciertamente, Jehová está en este lugar y yo no lo sabía". (pp. 491-492)

Compárese con lo que dice la Reina-Valera en una edición de 1884. Las leves modificaciones que Unamuno introduce no cuestionan la procedencia de la fuente utilizada:

"Y salió Jacob de Beer-seba y fue a Harán, y encontró con un lugar, y durmió allí; porque ya el sol se había ya puesto: y tomó de las piedras de aquel paraje, y puso a su cabecera, y acostóse en aquel lugar. Y soñó; y he aquí una escala que estaba apoyada en tierra y su cabeza tocaba en el cielo; y he aquí ángeles de Dios que subían y descendían por ella. Y, he aquí, Jehová estaba en lo alto de ella, el cual dijo: Yo soy Jehová, el Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac: la tierra en que estás acostado te la daré a ti y a tu simiente. Y será tu simiente como el polvo de la tierra, y te extenderás al Occidente y al Oriente, y al Aquilón y al Mediodía; y todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente. Y he aquí: Yo soy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres, y te volveré a esta tierra: porque no te dejaré hasta tanto que haya hecho lo que te he dicho. Y despertó Jacob de sus sueños, y dijo: Ciertamente Jehová está en este lugar, y yo no lo sabía".

Del mismo volumen VIII (p. 884) extraigo este versículo del profeta Jeremías inserto en "Glosas a Jeremías", artículo publicado en El Sol (16 de junio de 1918): "He aquí, yo traigo sobre vosotros, gente de lejos, oh, casa de Israel, dice Jehová; gente robusta, gente antigua, gente cuya lengua ignorarás y no entenderás lo que hablare" (Jeremías 5, 15). La Reina-Valera de 1884 es literalmente igual: "He aquí yo traigo sobre vosotros gente de lejos, oh casa de Israel, dice Jehová; gente robusta, gente antigua, gente cuya lengua ignorarás y no entenderás lo que hablare".

La misma procedencia tiene la cita que del comienzo del capítulo 34 de Deuteronomio hace en "La soledad de Moisés" (en Caras y Caretas, Buenos Aires, 29 de julio de 1922), artículo incluido en el mismo tomo VIII (pp. 995-998). Evito la reproducción.

3. Lector asiduo del Nuevo Testamento

El Nuevo Testamento en cambio lo leía en versión original griega. No es extraño en un profesor que obtuvo la cátedra de Griego en la Universidad de Salamanca en 1891. En "La aula mayorera", artículo que toma el título de esa planta de Fuerteventura y que publicó en Caras y Caretas el 31 de mayo de 1924 y ahora en el tomo XIV de las Obras completas (Poesías II), escribió:

"No me traje a este confinamiento de Fuerteventura más que tres libros que caben en un mediano bolsillo: un ejemplar del Nuevo Testamento en su original griego, edición Nestle, de Stuttgart, en papel como tela de cebolla, y dos ediciones microscópicas, vademécum, de la Divina Comedia y de las Poesías de Leopardi, hechas por Barbera, en Florencia". (p. 38)

También nos ofrece testimonios de la lectura asidua de este libro sagrado cuando está escribiendo en Hendaia el prólogo a Cómo se hace una novela. Es el año 1927 y recuerda con "un escalofrío de congoja" su estancia en París dos años antes. He aquí sus palabras acerca de la asidua lectura del Nuevo Testamento: "¿Qué mañanas aquellas de mi soledad parisiense! Después de haber leído, según costumbre, un capítulo del Nuevo Testamento, el que me tocara en turno, me ponía a aguardar y no sólo a aguardar sino a esperar, la correspondencia de mi casa y de mi patria" (vol. X, Autobiografía y recuerdos personales, p. 828).

El volumen XV (Poesía III) contiene una carta dirigida a Melchor Fernández Almagro el 23 de marzo de 1928. Hacía esta declaración, cercana al misticismo:

"Sepa usted que desde hace años leo todas las mañanas, al despertarme, un capítulo del Nuevo Testamento (en griego, claro). Hoy le ha tocado al capítulo XII de la segunda Epístola del apóstol Pablo a los Corintios, y ¡qué luz de alba he recibido cuando acababa el sol de nacer sobre las montañas de España! En ese capítulo, tan apretado y henchido, Pablo nos habla de cuando fué arrebatado -no sabía si con cuerpo o sin él- al tercer cielo, al paraíso, donde oyó dichos no decideros como los que estoy oyendo estos días en que me canta dentro la poesía de mi niñez, y huelo al cielo de España, en su tierra ausente al perfume de la luz". (p. 870)

No hace falta continuar con los ejemplos y referencias a los textos sagrados que van empujando los escritos de Unamuno. Son suficientes los aportados para afirmar la indudable filiación cristiana de Unamuno, la asidua lectura del Nuevo Testamento en griego y la frecuente presencia de la fuente doctrinal veterotestamentaria que es la Biblia de la Reina-Valera. Acerquémonos ahora al tercer tiempo: Antonio Muñoz Molina, que en su caso estima en mucho y sobre todo la Biblia del Oso.